

APUNTES

Tomo V

39

1.º DE MAYO DE 1939

El porvenir del pensamiento creador

Por GEORGES DUHAMEL

Las dramáticas dificultades en que se debate la cultura, en Francia como en otros muchos países, acarrearán ya desde hoy resultados que muy pronto van a ser visibles a todas las miradas.

Multitud de espíritus creadores comienzan a alejarse de lo que llamaremos aquí la expresión tipográfica. Lo hacen algunos con una especie de alegría, y con la esperanza de crear un arte nuevo: son éstos los cineastas inspirados, los que se esfuerzan por no pensar ya con palabras, sino con imágenes, con luces y sombras. Podemos suponer que, a pesar de las exigencias de la máquina parlante, el texto en la evolución próxima del cine apenas si va a tener mayor importancia que un simple condimento.

De grado o por fuerza, otros espíritus se vuelven ya hacia el radio. Yo no creo que marchen hacia él impulsados por una vocación im-

56
550
C.R.

periosa. El «charlista» del radio no ve a su auditorio. No llega a sentirse espoleado por la exaltación oratoria, si no es a precio de un fuerte desgaste imaginativo. En cuanto a la paga que recibe ese «charlista», es bastante mediocre, según se expondrá en seguida. Todo me lleva, consecuentemente, a suponer que el escritor que se refugia en el radio, lo hace para abrirse una carrera nueva, para asegurarse caminos nuevos, para hacerse de un público nuevo, para aumentar sus recursos y, en todo caso, para expresarse en una forma nueva, para dar salida al demonio que todo escritor lleva consigo. El escritor que por naturaleza busca lo eterno, tiene ahora que contentarse con lo fugaz. El libro, el folleto, el documento fotográfico son frágiles, vulnerables, ciertamente; pero aun así, para nosotros, seres frágiles, vulnerables, representan cierta garantía de perennidad. El escritor nunca renunciará sin pena a editar, a fijar su obra, y a dejar una huella de su trabajo y de su pasión.

El radio no ha prescindido aún del texto: en el estado actual del problema, todavía requiere un manuscrito. El autor necesita llevar su pensamiento hasta las palabras. Un gran esfuerzo, sí; pero, al propio tiempo, una ventaja. Una gran ventaja, en medio del desorden de nuestra época. No creo equivocarme al asegurar que la mayoría de los escritores auténticos que hablan por radio, desean ver publicado su trabajo, darle,

en suma, su normal destino. Algunos pueden hacerlo todavía, pero son poquísimos. Y todos los demás han de resignarse a que sus pensamientos se pierdan en el estremecimiento de las ondas. ¡Dolorosa prueba!

Todo hace suponer al observador atento que, en años próximos, multitud de casas editoras van a tener que cerrar sus puertas. Las grandes revistas que sirven todavía a numerosos trabajadores, investigadores y espíritus inventivos, las grandes revistas no resistirán, si a tanto llegan, sino mediante maniobras económicas y políticas ajenas a la literatura. El «mercado exterior», como dicen los especialistas, está ya casi cerrado. El «mercado interior» es débil, vacilante. La librería agoniza. Las nuevas condiciones del trabajo y, por otra parte, el fisco, vienen planteándole problemas que aquélla no está en condiciones de resolver. El hombre que hasta ayer se titulaba «escritor», siente que muy en breve va a convertirse en un «charlista». No es que vaya a desaparecer: se le necesita todavía. Va a continuarse, a prolongarse dentro de una sociedad nueva; pero se hallará despojado casi de sus más antiguos privilegios.

La radiodifusión del Estado puede servirnos de ejemplo, pues necesita de lo inédito. Está en ello su fuerza: puede ofrecer a su auditorio frases nuevas, y tiene excusas atendibles, ya que viene a dar cabida a textos que, sin ella, corre-



rían el riesgo de morir de asfixia en la prisión de las gavetas. La radiofonía es una gran engullidora: absorbe y «eteriza» piezas teatrales, cuentos, reportajes, ensayos, poesías. Ah! pero que los escritores no se confíen mucho. Esas radiodifusiones que en el momento actual representan para él una carrera suplementaria a veces, y a veces complementaria, corre el inminente riesgo, según van las cosas, de ser la principal vía de expresión. Es muy posible que la mayoría de los escritores, dentro de muy poco, tengan serias dificultades para publicar lo que escriben, y que hayan de contentarse con «hablarlo» ante el micrófono. El escritor va a convertirse muy pronto en un trovador, como lo fue en la Edad Media, antes de la invención de la imprenta. Y, acaso, sentirá la fatiga de escribir y de preparar esa literatura destinada a volatilizarse en ruido... Se contentará entonces con la improvisación...

¿Y qué importa—se dirá—qué importa...? Así va a florecer un arte nuevo. El inventor de mitos, el propagador de ideas, en una palabra, el escritor de antaño sabrá adaptarse a las nuevas circunstancias y, como quiera que sea, conservará su sitio en el concierto de la inteligencia.

Pero, ay!, es de temerse que ese sitio vaya siendo cada vez más pequeño. Con dolorosa sorpresa he ido hojeando documentos, datos concernientes a la radiodifusión del Estado. Son

numerosos ya los escritores que trabajan para estos servicios, y la mayoría de ellos gozan de estimación y de renombre. Se han tenido que someter a múltiples pruebas: han de tener ideas, han de saber exponerlas, han de hacerse oír, han de dedicarse a su obra, esto es, han de dedicarse a escribir. Necesitan ir de un lugar a otro, además, pues la radiodifusión no se hace a domicilio. Y, por último, se les pide un cierto esfuerzo vocal, que requiere aptitudes y una especial preparación. Este complicado trabajo se ve recompensado muy escasamente. A tal respecto es doloroso comprobar que los honorarios comunes y corrientes en Francia, país de alta cultura, son muy inferiores a los que perciben por el mismo oficio los escritores de casi todos los países extranjeros. Es verdaderamente doloroso comprobar que estos hombres a quienes se ha exigido tanto—y en primer lugar, el sacrificio de dejar su obra en calidad de simple sonido—reciben un mezquino y casi irrisorio salario.

Mejor trato suelen recibir los actores, y aun llegan a alcanzar el éxito de que se repitan sus obras. Pero el escritor pone en su trabajo algo que no es sólo tiempo y aliento: también su propia substancia. Escritor es quien crea, y su obra se halla en la base de todo, y es acreedora, por tanto, a una consideración especial.

Sobre esta grave materia he consultado a todos los miembros del Consejo Superior de la

Radiodifusión a quienes he logrado entrevistar. Todos, unánimemente, deploran esta humillante situación.

El envilecimiento del creador, del descubridor, del inventor, del creador de imágenes y fábulas, del animador de palabras e ideas; el envilecimiento del escritor, para decirlo escuetamente, no es un simple asunto corporativo. Si el poeta es postergado, reducido a empleos mezquinos, puesto al nivel de los empleados subalternos, el mundo entero ha de resentirlo. Si, privado de sus vehículos y de sus armas, y confinado a lamentables oficios, el espíritu deja de velar y de combatir, la multitud de los hombres quedará muy pronto abandonada, sin defensa ante el empuje de los ambiciosos, y la sociedad entera correrá el riesgo de volver a caer en la barbarie primitiva.

El reciente proyecto de M. Jean Zay nos hace esperar que el Estado procurará en efecto proteger al escritor contra mil iniquidades y, desde luego, contra el editor, cosa a menudo tan urgente. Y nunca como ahora parece también oportuno pedir que el Estado proteja al escritor contra el propio Estado.

En estos tiempos turbios en que nos debatimos, defender al escritor es defender la causa de la cultura, es decir, la causa del hombre.

Es urgente que los poderes públicos se interesen por resolver este problema. Y es urgente

que los escritores, unidos todos, manifiesten que han comprendido el peligro en que está su causa, pues esta causa es la del verbo y, en cierto modo, se identifica con la de la especie humana.

(*Mercure de France*, París, marzo de 1937).

Las tribulaciones del Calendario

Por el Prof. HARLAN T. STETSON

¿Sabe el lector de dónde procede nuestro calendario actual, y lo terriblemente irregular que es? Durante muchos millares de años, a pesar de la civilización, se ha venido tolerando una gran confusión en la contabilidad del tiempo. ¡Si alguien cree que es fácil hacer calendarios, trate de dejar complacido al que pretendía regir su día por el sol, su mes por la luna y su año por las estaciones! La tierra da una vuelta alrededor de su eje en veinticuatro horas: eso es un día. La luna da una vuelta alrededor de la tierra en veintinueve *y medio* días, de suerte que no puede, materialmente, confeccionarse un mes sobre un número fijo de días o de semanas. Luego, la tierra da una vuelta alrededor del sol en un algo menos de 365 días *y un cuarto de*

día. ¡Ni siquiera el año llega a un número cerrado y preciso de días!

En la época del Imperio Romano, cuando Julio César fue electo Pontífice Máximo, el año 63 A. C., se encargó oficialmente de arreglar el calendario, que andaba entonces tan mal, que la primavera no se presentaba en escena sino hasta fines de mayo. Los romanos no eran entonces muy buenos para las ciencias; atiboraban el año con demasiados días, y por eso Julio César se encargó de arreglar todas las irregularidades acumuladas.

Julio César no era astrónomo, pero pasaba sus vacaciones y sus fines de semana en Alejandría, en Egipto. Además de las cosas que le enseñó Cleopatra, aprendió unas cuantas más, y entre ellas, algunos hechos fundamentales acerca de los movimientos del sol. Averiguó que el mejor cálculo astronómico de la longitud del año era en aquella época el que le señalaba 365 días y un cuarto.

En consecuencia, Julio César dispuso que hubiera 12 meses dotados alternativamente de 31 y de 30 días cada uno, a excepción de febrero, que tendría ordinariamente 29. En esta forma los años contarían exactamente 365 días.

Como en este cálculo cronológico le sobraba al año un cuarto de día, en cuatro años quedaría sobrante un día entero. Para corregir esta deficiencia, Julio César añadió un día extra a

febrero, y lo hizo de 30 días cada cuatro años. Al barajar los meses de 30 y de 31 días, otorgó 31 al séptimo mes y le dió su nombre, Julio, que aún conserva.

Los asuntos del calendario marcharon muy satisfactoriamente hasta que Augusto ascendió al trono y resolvió cambiar el nombre latino del octavo mes, que había sido Sextilis, por el suyo propio; y le birló a febrero un día con objeto de que Augustus (agosto) tuviera, igual que Julius, 31 días.

Así fue como febrero perdió dos días y desde entonces quedó, salvo en los años bisiestos, condenado a 28.

No obstante que el calendario de 12 meses elaborado bajo Julio César era el mejor hasta entonces, el año bisiesto Juliano resultó a la larga un poco inepto para nivelar las cosas. Hacia la mitad del siglo XVI, la primavera se presentó inopinadamente el 11, en vez del 21 de marzo.

El Papa Gregorio XIII se puso a remediar las cosas; el año de 1582 decretó que se saltaran diez días del calendario, y que al 5 de octubre se le llamara 15 de octubre. También decretó que se olvidaran tres años bisiestos cada 400 años. Por esto 1900 no fue un año bisiesto, pero sí lo será el año 2000. (Para que no sea fácil olvidar los años bisiestos, sólo tenemos que recordar que los años con que empieza un siglo

no son bisiestos a menos que su cifra sea exactamente divisible por 400).

El calendario Gregoriano no resuelve por completo el problema; pero su error es tan insignificante que no acumulará siquiera un día entero en 3000 años.

Aun cuando los países católicos, en general, adoptaron la modificación gregoriana, la Europa protestante no la siguió sino hasta principios del siglo XVIII. En la Gran Bretaña y Norteamérica no se efectuó el cambio sino hasta 1752.

El último país que adoptó el nuevo estilo fue Turquía, que se modernizó en 1927. Cuatro años antes, la Sociedad de Naciones nombró un comité para estudiar la reforma del actual calendario y para fijar la Pascua. El comité estudió y cotejó 185 proyectos. En 1931 celebró la Sociedad otra Conferencia sobre el calendario.

De esta discusión internacional surgió, como el que ofrece mayores probabilidades de adopción inmediata, el plan de un calendario perpetuo, de doce meses divididos en trimestres iguales. Este calendario tendrá un año de 364 días divididos en trimestres iguales de 91 días cada uno, más un día extra al término del año, que se llamaría «Día de fin de Año». Cada 4 años habría como ahora un año bisiesto, de 366 días, y el día extra se pondría al fin de junio. En este plan de trimestres, el ritmo de los meses se repetiría con absoluta regularidad: el primer

mes de cada trimestre tendría 31 días, y 30 los dos restantes. El primer mes de cada trimestre comenzaría en domingo. El 16 de septiembre caería siempre en sábado, y el onomástico de cada persona en un día fijo, que los amigos podrían recordar más fácilmente para hacer regalos. Los programas escolares, las agendas y los años académicos serían más regulares. Las empresas que redactan informes sobre asuntos económicos basarían en un número fijo de días laborables las cifras para cada trimestre.

Anecdotario

Por JULIO VIVES GUERRA

Una batología de Felipe Zapata.—Es inútil traer rasgos biográficos del doctor Felipe Zapata, si todos los colombianos saben perfectamente que fue una de las más eminentes figuras del Foro, un alto jefe liberal y un gran publicista.

La prensa del siglo pasado recogió en sus columnas muchísimos artículos del doctor Zapata, escritos en estilo brillante y castigado, pletóricos de ideas de libertad y llenos de apreciaciones admirables.

También se distinguió el doctor Zapata por lo acertado de sus frases, ya escritas, ya ver-

bales, y así, su compañía la buscaban siempre sus amigos, seguros como estaban de que una conversación con el sabio jurista era un pipiripao espiritual.

El Viernes Santo de 1884 hallábase el doctor Zapata en una esquina de la Plaza de Bolívar, acompañado por el poeta Antonio José Restrepo, cuando salió de la Catedral la procesión del Santo Sepulcro.

El doctor Zapata, que era un hombre de muy buena educación, y como tal, sabía respetar las creencias extrañas, se descubrió inmediatamente, en lo cual lo imitó el doctor Restrepo.

Pusiéronse los dos amigos a ver pasar la procesión, y al pie del Santo Sepulcro, que llevaban algunos fieles, vieron a don Miguel Antonio Caro, que oraba fervorosamente, con dos o tres de los más distinguidos conservadores de Bogotá.

Una vez que hubo pasado la procesión, el doctor Zapata y el doctor Restrepo se cubrieron, y aquél le dijo a éste, sonriendo burlescamente:

—No cree usted que los conservadores, aunque son muy piadosos, se engañan a sí mismos?

—¿Por qué?—le preguntó el doctor Restrepo.

—Hombre, basta ver a Caro y a los otros que con él iban rezando tan devotamente—contestó el doctor Zapata.

—¿Y qué?—preguntó el doctor Restrepo.

—Pues que los conservadores creen que los liberales creemos que ellos creen.

La cuna de un bambuco.—Para esta anécdota he sacado los datos de un bello artículo publicado por el inteligente escritor doctor Carlos Melguizo, en la interesantísima revista *Civismo*, de Manizales.

Con música del popular artista don Alejandro Wills se canta en toda Colombia un bambuco que vuela «desde los puros labios de las princesas hasta las rojas bocas de las gitanas», como escribió el gran Rubén Darío.

Muchas personas se han preguntado y me han preguntado cuál es el origen de ese bambuco de letra sencilla y dolorida, y Carlos Melguizo nos cuenta bellamente ese origen.

Ello fue que hace unos quince años, en una noche de San Silvestre, estaba el doctor Melguizo en un restaurante de Las Cruces, en compañía de una bella chiquilla, esperando el cañonazo de la media noche, quizá para poder exclamar, como en el inspirado poema de Mariano Ospina Vásquez:

Un año que en la Nada se deshace
y otro que surge del futuro incierto!
Con vino bauticemos al que nace,
con lágrimas unjamos al que ha muerto!

«Año Nuevo—escribe el doctor Melguizo—. En el barrio de Las Cruces, de la ciudad de Bogotá, la capital galante. No solamente en sus salones regios sino también dentro de sus ranchitos, sonaban las campanadas de un pedazo de

tiempo que se fué y un pedazo de tiempo que ha llegado . . . » «Pasaba un indio por la calle fría, solitaria y oscura, rasgueando las cuerdas de su tiplecito y clamando así, repetidas veces: — «¡ Ah . . . maldito corazón! »

Afirma el doctor Melguizo, con eufemismo delicado, que el indio, en vez de «maldito», le aplicaba al corazón una frase que el uso ha querido convertir en sustantivo y adjetivo.

«Sentía mal-nacido, hijo sin madre, su propio corazón», escribe.

Pasaron años, y una noche de Año Nuevo se encontraron en un restaurante de París el doctor Melguizo, que regresaba de Rusia; el doctor José Macía, que regresaba del Japón, y don Miguel Gutiérrez, un gentilhomme de Manizales, que vive en París hace mucho tiempo.

Por ser Año Nuevo, Melguizo recordó el episodio del indio del «maldito corazón», se lo contó a sus compañeros, y Miguel Gutiérrez que tiene el alma abierta a toda idea de arte y a toda nobleza, improvisó unos sentidos versos, que el doctor Macía copió, los trajo a Bogotá y se los entregó a Alejandro Wills. Son estos los versos que, con música del popularísimo trovador, hemos oído conmovidos:

La india se largó con otro,
y él, al verse sin compañía,
quemó el rancho, silbó el perro,
y se echó el tiple a la espalda.

Qué pena tendría ese pobre,
que anoche en el callejón,
iba llorando y cantando:
—¡Ah... maldito corazón!

El tiple quedó a la orilla;
el perro late que late,
y abajo, en el remolino,
un jipa y un alpargate.

Las casas para las cosas.—Cuando en los primeros tiempos de la regeneración era gobernador de Cundinamarca el general Daniel Aldana, tenía su despacho al pie de la torre de San Francisco, en el edificio que veinticinco años antes les había quitado a los frailes el general Mosquera.

El continuo sonar de las campanas que, como todos saben, son capaces de despertar a las siete durmientes y, si a mano viene, a la Bella Dormida del Bosque, tenía loco al general Aldana, y éste—en vez de imitar al general Tomás Rengifo, que le hizo dos tiros a un campanero en Medellín—púsose a hablar con el padre guardián y le dijo, no sé si con música de *Los Madgiares*:

Oh padre guardián,
yo os quiero decir
que con las campanas
me voy a morir.

O, en pura prosa y sin música, le dijo el militar al buen fraile:

—Vea, mi padre, es absolutamente imposible trabajar oyendo ese continuo repique de campanas.

—Entonces no trabaje, general—le contestó el bueno del tonsurado, que era bastante guasón y se sentía en terreno firme.

—Es que tengo que trabajar, mi padre.

—Y nosotros tenemos que repicar, mi general.

—Pero mi padre . . .

—Pero mi general . . .

Nada, que el diálogo iba convirtiéndose en un círculo vicioso hasta que el general Aldana, viéndose vencido, le suplicó al marrajo cogulla:

—Mi padre, yo le ruego que la comunidad se conforme con el toque de maitines y que me dejen en paz a las nueve de la mañana, a las doce del día y a las tres de la tarde. Su reverencia sabe que aquí están todas las oficinas de la gobernación y que el ruido nos impide trabajar.

—Todo eso es cierto, mi general—repuso el fraile—, pero usted debe recordar una cosa.

—¿Cuál, mi padre?

—Que este edificio lo hicimos los franciscanos para convento y no para gobernación.

El 8 de Diciembre.—Quienes nacimos en la venerable ciudad de Santa Fe de Antioquia, cuyo cuarto centenario se celebrará dentro de poco,

y ya vamos medio siglo abajo, sentimos, si estamos ausentes de aquella ciudad querida, que en el fondo del alma se levantan remolinos de recuerdos y añoranzas, cuando llega el 8 de diciembre.

Porque es ese el día grande de nuestra vetusta ciudad y, pensando en ella, evocamos el poema en que se cantan sus glorias:

Santa Fe de Antioquia,
mi ciudad querida,
anciana lejana
de cabeza cana,
madre centenaria que me diste vida!

Aún en mis remembranzas infantiles y juveniles, se destaca, como en ideal cinematógrafo, la procesión de la Inmaculada, que sale por las calles, plazas y plazoletas de mi ciudad, el 8 de diciembre.

El obispo, los canónigos y los monaguillos con pluviales, dalmáticas y bonetes azules; las largas filas de niñas, vestidas de blanco y adornadas con bandas azules; los fieles devotos con banderolas azules en las manos; las casas con gallardetes azules; arriba, el cielo azul y límpido, donde rueda fulgurante el mismo sol que reflejó sus rayos en los cascos bruñidos que cubrían las altivas cabezas del mariscal Jorge Robledo y del capitán Juan de Cabrera; y abajo, en la hondonada, el Tonusco, el buen padre río, que parece

cantar himnos y murmurar leyendas y consejas, y en cuyas aguas espumosas sumergieron antaño sus cuerpos gráciles las marquesitas del Campillo, las pálidas segundonas de Casanegra y la condesa de Peztagua, la dulce dama de los Zapatitos de Oro.

Hace casi medio siglo, allá por los años de 1891 ó 1892, hallábase de paso en Santa Fe de Antioquia el poeta Manuel Uribe Velásquez. En ese tiempo estaba en construcción el gran puente colgante sobre el Cauca, a unos seis kilómetros de la ciudad, y el constructor era el doctor José María Villa, uno de los más ilustres ingenieros de Colombia.

Villa y Uribe Velásquez habíanse apalabrado desde la víspera para situarse, el 8 de diciembre, en uno de los balcones de la Casa Consistorial o casa del cabildo, para ver a regodeo la afamada procesión de la Inmaculada.

Empezó a desfilarse la procesión y los dos amigos dieron suelta a sus frases admirativas: tan bello era el espectáculo.

—Doctor Villa—le dijo el poeta al ingeniero—, cuánto deploro no ser poeta místico, como Larmig o don José Joaquín Ortiz, para cantar esta procesión tan hermosa.

—Muy hermosa, efectivamente—repuso el doctor Villa—; pero sabe usted, Manuelito, lo que yo deploro?

—¿Qué?—preguntó el poeta.

—No deploro mi falta de sentimiento poético, ni deploro no poder hacer versos místicos, ni...

—Entonces, ¿qué es lo que deplora?

—¡Lo que deploro es no creer en la Virgen!

Cosas de la semántica.—El doctor Julio H. Palacio tiene en la cabeza un depósito de conocimientos, anécdotas, chascarrillos y episodios políticos y sociales, y eso hace que sus artículos sean sobremodo amenos, porque, fuéramos de lo interesante de los temas, los desarrolla en una prosa jugosísima y castiza.

A él le debo los datos para esta anécdota—indirectamente—pues ni siquiera tengo el honor de conocerlo de vista.

Ello fue que hace unos treinta o treinta y cinco años, vivía en alguna población de Bolívar, un individuo a quien llamaremos González—para claridad del relato—que era pariente del gobernador de aquel departamento.

González, si tenía poco de Salomón, pues era muy arrimado a la cola, en justa compensación se parecía a San Isidro en que olvidaba el trabajo; no precisamente para que se lo hicieran los ángeles mientras él rezaba, sino para andar de bureo y esquineando en un envidiable *dolce farniente*.

El gobernador determinó darle a su pariente

una colocación, en la cual éste debía cobrar derechos y estipendios por cada copia y por cada certificado que expidiera.

Muy sabrosamente ejercía González su empleo; pero quiso aumentarse las ganancias, y si un certificado valía un peso, cobraba dos, y si una copia valía dos, cobraba cuatro, con lo cual el hombre vivía sumido en inefables deliquios de ventura.

Mas no hay dicha eterna, y un día le informaron al gobernador que su pariente estaba inflándose los estipendios, por lo cual—hombre honrado antes que pariente—lo lanzó a las murallas, porque en ese tiempo no había asfalto.

Como el doctor Julio H. Palacio gozaba de merecidas influencias, González fué a él y entablaron los dos un animado diálogo.

Es de saberse y advertirse que González tenía la peculiaridad de trabucar los significados de las palabras, y a lo blanco le decía negro; de modo que padecía de lo que puede llamarse daltonismo semántico. Esa circunstancia la aprovechó el doctor Palacio para tomarle el pelo en el siguiente diálogo:

González.—Vengo, doctor Palacio, a suplicarle que desinterrumpa el desorden de sus ocupaciones inocuas, para que me ayude a colocar.

Palacio.—¿No tiene usted empleo?

G.—No, doctor, me lo quitaron.

P.—¿Por qué?

G.—Calumnias que fallecen por doquier. Le dijeron al gobernador que yo cobraba derechos ilegales por las copias y los certificados yacentes.

P.—Y está usted seguro de que no cobraba estipendios ilegales?

G.—Incapaz, doctor. Yo soy un hombre inadmisible en la honradez.

P.—De modo que los estipendios que usted cobraba eran los que ordena la ley?

G.—Sí, doctor. Yo cobraba estipendios buenos . . . aceptados . . .

P.—¿Y lícitos?

G.—¡Exactamente! ¡*Ilícitos!*, doctor.

La llegada del poeta.—Allá por el año de 1880 llegó a Bogotá, procedente de Amalfi, su ciudad natal, un joven como de dieciséis años, pequeñito, rubio, vivaracho y trajeado como Dios quería: con un terno que bien pudo ser gris un tiempo, pero que entonces parecía

un jirón del arco iris
que ha caído entre las flores;

con un sombrero de paja en cuyas alas, a semejanza de las pirámides de Egipto, tocaba el viajero los primeros inviernos del mundo; con unos botines de casi ausentes tacones y de punteras sonreídas, y con una corbata que . . . no,

corbata no tenía, porque no puede tenerse de todo.

A pesar de su astrosa indumentia, el diminuto adolescente andaba por las calles como por país conquistado, y se le daba una higa de las sonrisas que a su paso arrancaban el irisado terno que lo envolvía, los ventilados botines y el sombrero de paja que servía de techo a su rubia y rebultada pelambreira.

El rapaz llegó al atrio de la catedral, y al primer caballero a quien le notó una fisonomía bondadosa, le preguntó desenfadadamente, con el acento dejativo de la montaña, mostrándole el sobrescrito de una carta.

—Oiga usted, señor: ¿me hace el favor de decirme en dónde vive este caballero?

El otro, que era un hombre robusto, de barba cerrada, leyó sonriendo:

«Señor Don

Ricardo Carrasquilla

Bogotá.

—Ah!—exclamó—es una carta para Ricardo Carrasquilla!

—Sí, señor—contestó el rubio y desenfadado rapaz—. Es una carta de recomendación que me dió el doctor Baltasar Botero Uribe.

—Usted, ¿cómo se llama?—preguntó el caballero.

—Manuel Uribe Velásquez, servidor de usted—contestó el viajero, cortésmente.

—¿Usted es antioqueño?

—De todo el riñón.

—Bueno, pues veamos lo que dice esta carta, que es para mí.

—¿Para usted?—preguntó asombrado el novel viajero.

—Sí, hombre—repuso don Ricardo—. Yo soy Ricardo Carrasquilla, y es mucha casualidad que haya dado usted conmigo al primer tapón zurrapas.

Leyó la carta y agregó:

—Baltasar me hace de usted grandes recomendaciones como joven de mucho talento.

—Es que el doctor Botero Uribe me conoce mucho—repuso riendo el recomendado—. Ahí le dirá él que me llamo Manuel Uribe Velásquez, que soy más pobre que una rata huérfana y que vengo a ver si me tomo a Bogotá.

Don Ricardo Carrasquilla rió de buena gana, y le preguntó:

—¿Usted es de Medellín?

—No, señor—contestó el poeta—. Soy de Amalfi, la tierra en donde más llueve. Cuando nací, llovía; llovía cuando me bautizaron; cuando salí de allá, llovía, y aún debe de estar lloviendo.

El señor Carrasquilla oía complacido al gárrulo muchacho, y éste terminó así su presentación:

—Le voy a decir en verso todo esto, para que se le grabe:

En Amalfi vi la luz,
 en Amalfi fui creciendo,
 y... por esta santa cruz
 que en Amalfi está lloviendo,
 como siempre. Amén. Jesús.

La locura de Murillo.—Quien ve la corpulencia de Emilio Murillo, no piensa, ni por soñación, que ese artista sea, como es, un manojo de nervios.

Porque Emilio Murillo no se está quieto ni para retratarse. Es vivaz como una ardilla, pero su actividad no es la de ese animalucho y, por consiguiente, no puede decirsele:

Tántas idas
 y venidas,
 tántas vueltas
 y revueltas,
 quiero, amiga,
 que me diga,
 son de alguna utilidad?

Emilio Murillo, más que andar, rueda. Va de grupo en grupo, de almacén en almacén, de periódico en periódico, de radio en radio, siempre animado, siempre jubiloso, siempre artista; soltando aquí un epigrama, allí un chiste, allá un chascarrillo, acullá una remembranza.

Ese ir y venir de Murillo, ese no estarse quieto, ese reír de la vida, ese amor por el arte, ese andar de Ceca en Meca y de zoca en colodra, fueron parte para que hace unos treinta años las gentes lo creyeran tocado de locura, o al menos monomaniaco, pues entonces, como hoy, el inteligente artista preconizaba y proclamaba las excelencias de la música colombiana y la obligación en que estamos los colombianos de apreciar y cultivar nuestra música, por encima de las notas que nos llegan de allende como conservas en lata.

Hallábase Murillo veraneando en Tocaima, en el año de 1921 y, como siempre, andaba a la husma de temas colombianos para sus bellísimas composiciones musicales.

El 8 de diciembre de ese año estaba en una barbería, con su amigo el honorable caballero don Jorge Sánchez Núñez, realizando sus encantos físicos por medio de las tijeras y la navaja, cuando de antuvión sonó en la calle una canción, muy común en aquellos tiempos:

Van cantando por la sierra
con honda melancolía;
son los cantos de mi tierra
cuando va muriendo el día.

Emilio, con peligro de su integridad facial, se levantó galvánicamente y corrió desalado a

la calle, llevando todavía en el cuello el paño blanco de la afeitada, lo que le daba cierto aspecto de Hermano Cristiano poco dado al ayuno y al cilicio.

Por su fortuna advirtió oportunamente, y, al pisar el umbral de salida, se despojó del níveo adminículo, lo que lo libró de ser seguido en la calle por los rapaces y las fámulas que formaban corro en torno a un niño y una niña—como de ocho y diez años—, que con voces límpidas y vibrantes entonaban canciones populares, porque en su infantil inocencia creían más apropiadas éstas que las notas de *Tanhauser* y de *La Walkirya*, lo que hubieran querido quienes procuran hacernos creer que no existe música colombiana, como pudieran hacernos creer que no existe brisa colombiana, ni existen arroyos colombianos, ni existen aves colombianas, ni existen mares colombianos; pues nuestra música, como cualquiera música de cualquier país, está hecha de los susurros de esa brisa, de los rumores de esos arroyos, de los trinos de esas aves y de los rugidos de esos mares.

Los dos pequeños cantantes—niño y niña—a petición de Murillo entonaron algunos bambucos y torbellinos, y el artista, entusiasmado, los colmó de regalos y les dijo:

—Ustedes me llevan en este momento a hablar con sus padres, porque necesito explicarles a ellos lo que sus hijos llevan en la garganta.

Murillo y Sánchez Núñez tomaron de la mano a los chiquillos y se dirigieron a hablar con los padres de los pequeños cantores, que se miraban entre sorprendidos y asustados, y quizá en su fuero interno diputaban y tenían a aquel señor tan corpulento como un poco ido de la testa.

De ese entusiasmo de Emilio y de la conferencia con los padres de los niños, resultó la venida de ellos a Bogotá y que algún eminente músico de aquí dijera que «esos chinos no tenían idea de canto ni podrían nunca aprender a cantar». A pesar de tan terminante decisión—respetable, pero no infalible—, Murillo siguió luchando como un héroe del Romancero para que aprendieran música sus protegidos.

Los dos niños son hoy la conocida tiple Alcira Ramírez y el no menos conocido tenor Carlos Ramírez.

Como yo no había vuelto a ver ni a oír a los dos pequeños artistas—que hoy ya no son pequeños—, hace dos o tres días le pregunté a Emilio Murillo:

—¿Qué fin tuvieron aquellos chiquillos, tus protegidos, que cantaban tan hermosamente?

Murillo puso una cara tan adolorida que casi me hace llorar, y me contestó sollozando burlescamente:

—¡Un fin desastroso..! Como, según el respetable concepto de algún profesor, los niños

esos no sabían cantar ni podrían aprender, Carlos es un infeliz tenor que está contratado en Buenos Aires para cantar en uno de los mejores teatros, por mil dólares al mes, y Alcira es una desgraciada tiple que en Medellín gana doscientos cincuenta dólares mensuales libres, cantando en las principales radiodifusoras de la ciudad... ¡Pobrecillos! ¡Así se cumplió la profecía de aquel profesor!

El soneto del seminarista.—En el año de 1887 tenían en Medellín un centro literario varios jóvenes, entre los cuales recuerdo a Pedro Nel Ospina, Carlos E. Restrepo, Rafael Giraldo y Viana, Lucrecio Vélez, Juan de Dios Vásquez Leal, Enrique Wenceslao Fernández, etc.

El último de ellos—Fernández—ya se anunciaba como un inspirado poeta; pero aún no había cultivado la nota mística, que lo hizo brillar después en poemas tan hermosos como *El Cielo*, del cual dijo don Juan Valera que tenía versos—salvo el metro—dignos de los poetas del siglo de oro, y cita estos:

La estrella que se alza
parece mirada
que Dios nos envía;
la estrella que se hunde
parece mirada
que Dios nos reserva.

Alguna vez se hallaban en el local de «El Casino Literario»—que así se llamaba el centro dicho—los socios Carlos E. Restrepo, Juan de Dios Vásquez Leal—que hizo después popular su seudónimo de «Ernesto Fuentes», puesto al pie de hermosísimos cuentos—y Enrique W. Fernández, que era en ese tiempo amigo íntimo de Carlos E. Restrepo, y cuando éste fue presidente de la República se manifestó como uno de sus más encarnizados enemigos.

Hablaban de literatura y, como Fernández alabara con entusiasmo las poesías de Fray Luis de León, le dijo Vásquez Leal:

—¿Tú por qué no escribes poesía mística, ya que te gusta tanto Fray Luis?

—El hecho de que a Enrique le guste Fray Luis—agregó Carlos E. Restrepo—no es motivo para que escriba versos místicos; a mí me gustan mucho los huevos fritos, y aún no he hecho la primera tortilla.

—Pero Enrique, a pesar de sus versos jocosos—replicó Vásquez—tiene entradas de poeta místico.

—Voy a probarles a ustedes que sí sé hacer versos místicos—añadió Fernández, sonriendo.

Y, tomando una cuartilla, improvisó el siguiente soneto, que después recitábamos todos los muchachos, y que les decíamos a los seminaristas que pasaban en comunidad:



Un mozo tuerto, cojo y lazarino,
con barros como cuentas de rosario,
matrícula pidió en un seminario,
con ánimo de ser hombre divino.

Era piadoso al par que humanitario,
y rezaba en latín sin ser latino,
dondequiera que viese un lechuguino
le hablaba del Infierno y del Calvario.

Pero en alguna parte cierto día
lo miraba una bizca y le tosía,
de su clásico gusto haciendo alarde,

y él se dijo entre sí:—si ésta me quiere,
por lo pronto me caso, luégo muere,
y ... para hacerme cura nunca es tarde.

No espere nada la democracia: de nada le servirán las reformas mientras se valga del estúpido sistema de contar las cabezas sin considerar lo que contienen.

A. LEESE

*

El trabajo continúa siendo la gran ley humana, y todo lo que es concebido fuera del respeto de esta ley está condenado, tarde o temprano—y con más frecuencia temprano que tarde—al hundimiento.

RENÉ BELIN

La Radioestesia, seudociencia de moda

Por MARCEL BOLL

Se habla hoy frecuentemente de la radioestesia, que, según se sabe, trata de la sensibilidad del cuerpo humano en relación con las ondas que surcan el espacio, en oposición a la biorradiación—emisión de ondas del cuerpo humano. Los «extremistas» de la radioestesia ó radiofísica afirman que pueden descubrir lo que se halla en las capas subterráneas, tan sólo con pasear un péndulo por encima de un mapa; reconocer los hongos venenosos y curar enfermedades a distancia, por medio de fotografías.

Tal seudociencia ha dado lugar a investigaciones periodísticas, por las que se ha llegado a la conclusión de que hay un 80% de fracasos. La fe que en ella tienen los profanos se debe a la alharaca que se hace en torno de sus contados triunfos y al cuidado que se pone en ocultar sus fracasos. Sin duda, algunos «brujos» obtienen resultados prácticos; pero más que al movimiento indicador de la varita o péndulo que emplean, y que sólo es un artificio de comedia, para impresionar a sus crédulos espectadores, les ayudan sus conocimientos en geología e hidrografía. En casos difíciles, como en el

sondeo para encontrar agua, opina René Aubard, subdirector de laboratorio del Museo de París, que no ha habido una sola ocasión en que tal varita haya dado buenos resultados; y Robert Brunschwig, ingeniero de minas, dice que en caso de duda sobre la localización de un sondeo, la consulta a un «brujo» ofrece menos garantías que dejar la solución al azar jugando a cara o cruz.

Maurice Gignoux, profesor de geología de la Universidad de Grenoble, confirma con sus experimentos que los famosos fenómenos producidos por las varitas mágicas y péndulos más o menos misteriosos, no han dado ningún resultado efectivo. Los pocos éxitos logrados se deben a simples coincidencias o a que ciertos «brujos» sacan conclusiones geológicas, según el aspecto e índole del terreno, utilizando las famosas varitas con el único propósito de engañar a los ingenuos. Si bien es verdad que algunos sistemas permiten a veces formarse una idea de las capas profundas subterráneas, para ello hay necesidad de aparatos costosos y de cálculos complicados que ignoran por completo los «brujos».

El profesor de la Universidad Católica de Lovaina Félix Kalsin, se ha interesado especialmente por la radioestesia; pero nada de lo que ha sabido ha podido comprobarse rigurosamente ni ha sido consignado con suficiente precisión. Algunos sabios se han dejado engañar con ma-

niobras de lo más pueriles, y un «brujo» llegó a equivocarse nueve de cada diez veces, en una serie de experimentos en los que sólo tenía que responder *sí* o *no*. Mis colegas y yo, dice, sin ponernos de acuerdo hemos confundido a nuestro antojo a varios «brujos» célebres, haciéndolos caer en las trampas de carácter científico que les pusimos. Uno de mis amigos más eminentes, Maurice Lugeon, profesor de la Universidad de Lucerna, piensa que los «brujos» son locos o estafadores; en cuanto a mí, declaro honradamente que al lado de iluminados y adivinos, existen timadores conscientes, bien organizados. Sin embargo, hasta ahora, Kalsin confiesa que no ha encontrado ninguno que obrase de buena fe y ha optado por callar su opinión respecto a tales procedimientos.

Muy semejantes son las opiniones de otros sabios, y todos coinciden en que, desde el punto de vista científico y dada la gran cantidad de fracasos registrados, tales varitas y péndulos mágicos no son sino aparatos que sólo sirven para explotar la ignorancia de los profanos.

A mayor abundamiento, el ilustre sabio francés Augusto Lumière, que ha consagrado gran parte de sus actividades al estudio de la radio-estesia, acaba de emitir su opinión en un concienzudo estudio digno de ser conocido de la gente culta, en que menciona los fracasos comprobados de esta seudociencia y los errores co-

metidos por los más destacados partidarios de ella, al determinar por medio de fotografías el sexo de animales y niños, y al diagnosticar enfermedades del sexo masculino atribuyéndolas a mujeres. Nada, absolutamente nada, tiene el más mínimo valor, dice, y por lo tanto las investigaciones hechas son un nuevo triunfo del espíritu científico, del que ha querido emanciparse toda esa gente que, sin preparación alguna, ha olvidado la ciencia, que a través de las edades ha impartido su luz, creyendo resolver todos los problemas mediante un aparato primitivo que se compone de un peso suspendido de un cordel o de una varita flexible. No pueden contar con otros adeptos que los que sólo leen artículos «científicos» redactados por gentes ignorantes.

Por otra parte, y para concluir, diremos que el Dr. Maurice Bolgey resume en la forma siguiente la opinión del mundo científico sobre la radioestesia: «Nadie puede en la actualidad probar que posee el dón de una sensibilidad especial para percibir las radiaciones, y ni las aguas subterráneas ni el petróleo ni los cadáveres inhumados ni los microbios ni los tumores emiten radiación alguna. Los hechiceros son incapaces de descubrir el radio. Siempre que se ha hecho una prueba en forma, el péndulo ha fracasado proporcionando datos erróneos».

El 15 de junio de 1936, bajo los auspicios de la Unión Racionalista, en la Sorbona, Louis

Barrabé, profesor de geología de la Facultad de Ciencias de París, ha denunciado a los radio-mancianos elevados a la categoría de radioteístas, en estos términos: «Es un caso de salud pública, puesto que no se trata únicamente de evitar el engaño de millares de seres, sino—lo que es mucho más importante—, de luchar contra la tontería, que es una terrible plaga humana».

(*Síntesis*, México, 1938).

Cuentos viejos traducidos por Alfonso Jiménez, de *Households Tales and Popular Stories*. (Londres, 1876).

Buena compañía

«No olvide, Federico, tener siempre *buena compañía*», fue la última advertencia de Mr. Softy al partir su hijo para la Universidad.

«Le ruego, Enrique, que escoja siempre *buena compañía*», dijo Mr. Manly a su hijo cuando le puso de aprendiz en una ciudad cercana.

Con dificultad se ofrecería un caso análogo, de expresar dos personas dos designios más diferentes con las mismas palabras.

La idea de Mr. Softy de *buena compañía* correspondía a la de sociedad de personas superiores a uno en rango y fortuna. Por esto estimaba él la *bondad*; y los grados de compa-

ración: *mejor compañía* y *la mejor compañía*, los hacía corresponder exactamente a tal escala. Así, si la compañía de un caballero era *buena*, la de un barón era *mejor*, y la de un lord era *la mejor de todas*, siempre que no fuera un lord pobre, pues en ese caso la de un caballero rico podía ser tan buena a lo menos como la de aquél. Por consiguiente, según la regla de Mr. Softy, el gran fin con que se debía escoger a los compañeros era, con respecto a un joven, el de avanzar en el mundo por el influjo y utilidad de ellos, y debían ser preferidos los que al efecto ofrecieran las mayores probabilidades.

Mr. Manly, por su parte, entendía sencillamente por *buena compañía* la que era provechosa a las buenas costumbres y al entendimiento; y por *la mejor compañía*, la de la persona que a un alto grado de esas cualidades añadía verdadera urbanidad de maneras. Como las ventajas superiores en cuanto a educación acompañan hasta cierto punto a la preeminencia de la posición social, deseaba que su hijo prefiriera como compañeros a aquellos cuya posición en la vida les había dado la oportunidad de ser bien educados. Mas estaba muy lejos de desear que se apartara del mérito y de los talentos dondequiera que los encontrara.

Mr. Softy tenía extremada aversión a la *baja compañía*, términos con que designaba a los in-

feriores, gentes de mal tono y sin representación, individuos zarrapastrosos a quienes nadie conoce.

También a Mr. Manly le disgustaba la *baja compañía*, que para él era la de personas de costumbres soeces y conversación vulgar.

Gran parte de la *buen compañía* de Mr. Manly estaba comprendida en la *baja compañía* de Mr. Softy, y no pocos miembros de la mucho mejor compañía de éste eran de los clasificados por Mr. Manly entre la que él tenía por la peor de todas.

Cada uno de los hijos comprendió el designio de su padre y procuró seguir el respectivo consejo.

Federico, desde el tiempo de su entrada en la Universidad, dio comienzo a operaciones como las del que llaman *cazador de borlas*, a causa de la borla que los jóvenes de la nobleza llevan en sus gorras de colegio. Se tomó mil trabajos para introducirse en la amistad de todos los muchachos de alto tono de su colegio, y se convirtió en constante compañero de ellos en todos sus planes de travesura y disipación. Le trataban con insolente familiaridad, que con frecuencia se acercaba al desprecio; pero siguiendo otra máxima de su padre, la de que uno debe encorvarse para subir, todo lo tomaba él en buena parte. Abandonó completamente el estudio, como innecesario e incompatible en realidad con su plan. Gastó muchísimo dinero, que su padre al principio le suministrara con liberalidad, por

encontrar que lo empleaba en *buená compañía*. Con el tiempo, sin embargo, sus gastos vinieron a ser tan grandes, que a Mr. Softy—que asimismo mantenía *buená compañía*—no le fue fácil corresponder a las demandas de él. La dificultad se aumentó por haber perdido en el juego con uno de sus amigos nobles, cierta suma considerable. Debía ineludiblemente pagarla a fin de que el baldón de no haber satisfecho una *deuda de honor* no le acarreará la pérdida de todo el favor alcanzado, aunque no fuera posible allegar el dinero sin embarazar enormemente los negocios de su padre.

En medio de esa perplejidad, murió Mr. Softy, dejando tras él una numerosa familia y poquísimos bienes. Federico subió a la ciudad y pronto disipó en *buená compañía* la escasa porción que le tocara. Como careciera de laboriosidad, conocimientos y reputación, por necesidad vino a parar en humilde subordinado de los poderosos, favoreciendo todas sus locuras y sirviéndoles en todos sus vicios, tratado por ellos con mortificante desdén, e igualmente despreciado y detestado por el resto del mundo.

Enrique, mientras tanto, entró con energía en los negocios de su reciente profesión, y empleó sus ocios en cultivar el trato de unos cuantos selectos amigos. Unos de estos eran jóvenes que se hallaban en situación semejante a la de él, otros eran personas de edad ya establecidas en

la vida; pero todos se distinguían por la corrección de su conducta y la cultura de su mente. De cada uno de ellos aprendió algo valioso; pero quedó particularmente más obligado respecto a dos que estaban en condiciones de vida inferiores a las de los demás: un relojero, excelente mecánico y mediano matemático, y quien sabía bien construir y usar los instrumentos empleados en la «filosofía experimental», y un joven droguista, con buenos conocimientos de química, el cual le ocupaba con frecuencia en operaciones y experimentos químicos. Ambos tenían modales agradables, y se gozaban en comunicar su saber a quien mostrara gusto por tales estudios. Esos buenos ejemplos le preservaron de los errores de la juventud, y pudo pasar el tiempo de la misma satisfecho y con crédito. Tuvo la desgracia, como Federico, y precisamente cuando iba a comenzar su carrera, de perder a su padre, de quien dependía principalmente la manutención de la familia; mas en tan duro trance encontró un recurso eficaz en la fuerza de voluntad que había probado y los conocimientos que había adquirido. Uno de sus jóvenes amigos le propuso que se asociara con él en una fábrica que acababa de fundar con gasto considerable, exigiéndole en cambio solamente su trabajo y el ejercicio de sus talentos. Enrique aceptó la oferta e hizo tan buen uso de sus conocimientos en mecánica y química, que pudo introducir mu-

chos adelantos en la fábrica, la cual llegó a ser un negocio muy productivo. Así es que fue feliz e independiente y conservó durante su vida posterior las relaciones de amistad que formara en su juventud.

Fragmentos

La estatura aumenta. No sabemos por qué. Se dice que la alimentación general es mejor; que las condiciones higiénicas son mejores. Se habla también de la influencia de las hormonas: bajo la acción de ciertas transformaciones de la vida, las endocrinas habrían adquirido posibilidades nuevas. Yo lo dudo. Las más altas estaturas, en un grupo humano en el cual este carácter no sea dominante, no parecen constituir un estado biológico favorable. En un grupo de talla mediana, más vale permanecer mediano. Además, los aumentos de la talla son sobre todo notables en las ciudades, y entonces podemos encontrarles explicaciones derivadas simplemente de la vida social; entre otras, la siguiente: gracias a la menor mortalidad infantil, la estadística de los sobrevivientes muestra una estatura más alta que la de los individuos corrientes. Ahora bien, es sabido cuánto se crece en el curso de ciertas enfermedades, particular-

mente cuando nos afectan en los períodos en que el ritmo del crecimiento es normalmente acelerado.

EUGENIO PITTARD

Presidente del Instituto Internacional de Antropología.
Octubre 1938.—Trad. e. j. r.

*
* *

La gracia de los griegos, su espíritu humano, su culto a la belleza, a una belleza completa, hecha de medida y de armonía, son cosas que cada día se alejan de los deportes modernos. El atleta griego era un joven de gimnasio y el gimnasio era una escuela de filosofía. Exhibir la juventud era exhibir el equilibrio entre el cuerpo y el espíritu. Ahora se exhiben fenómenos y los fenómenos no tienen nada de humanos. Tener un tórax de orangután y una cabeza que sólo sea sensible a las advertencias de una especie de instinto, el instinto de la victoria, es cosa, en verdad, no sólo inhumana, sino infrahumana. Y cobijarse bajo el prestigio de la belleza y de la armonía griegas para estas cosas, es burlarse de sí mismo.

J. GUIZA Y ACEVEDO

*
**

El número de noviembre del Boletín Mensual de Estadísticas de la Sociedad de las Naciones, se refiere a la población mundial y a las tendencias de la natalidad y la mortalidad entre 1911 y 1937.

La población mundial era a fines de 1937 de 2134 millones de seres humanos.

Más de la mitad de la población del mundo vive en Asia. La India tiene más de 375 millones de habitantes y la China aproximadamente 450 millones. La población del Japón excede actualmente de 72 millones, y la del Imperio Japonés de 100 millones.

La población de la Unión de las Repúblicas Soviéticas Socialistas ha sido estimada en 178 millones.

La población de Europa, sin contar la U.R.S.S., es de unos 397 millones, contando Alemania, después de las recientes modificaciones territoriales, 79 millones aproximadamente, el Reino Unido 47, Italia 43, Francia 42 y Polonia cerca de 35.

La población de los Estados Unidos de Norteamérica es superior a 130 millones; los países de la América Latina tienen un total aproximado de 90 millones, de los cuales el Brasil representa la mitad.

*
**

De todas las ciencias, la Astronomía es la que ha provocado siempre la más intensa curiosidad. Desde las épocas más remotas, en que nuestros antepasados vivían en patriarcados, aisladamente, entregados casi en absoluto a cubrir las necesidades más apremiantes de su vida material, el cielo debe de haber atraído inevitablemente sus miradas y han de haber recapacitado en los problemas tan interesantes que encerraba, ya que la Astronomía se adelantó a los titubeos de las demás ciencias, en unos cincuenta siglos. Importantísima ha sido la misión de ésta, no sólo desde el punto de vista científico, sino también del filosófico y, en consecuencia, moral.

ERNEST ESCLANGON

*
**

¡Ah, el Estado! El bien que hace, lo hace mal; solamente el mal que hace, lo hace bien.

RENAN

El vértigo de la música

Un cuadro bastante malo, cuya intención era inteligente y curiosa, evocaba en un «salón» reciente, celebrado en el Campo de Marte, el «promenoir» de los conciertos Lamoureux. Y se vende en todas partes la fotografía de un cuadro hábil de un italiano, que representa un taller, donde, en el crepúsculo, unos pintores y sus queridas están oyendo a dos amigos que tocan la *Sonata a Kreutzer*. Ambas obras carecen de interés y de fuerza, pero ¡cuántas veces me han hecho pensar con pena en las cosas admirables que los pintores de verdadera valía debieran hacer sobre esos asuntos! ¿Cómo Carrière, por ejemplo, no nos dió una obra maestra de esta clase? Ciertó que no faltan fisonomistas capaces de contarnos incisivamente el drama que la sinfonía provoca en los rostros. Mas, a lo que parece, los pintores son raras veces melómanos; por lo menos, en los cuadros, bastante numerosos, donde se agrupan los seres alrededor de un piano, no aparece la música por ninguna parte. Algunos retratos y un interior, eso es todo; pero el ángel está ausente, a menos que un pintor ramplón lo represente de verdad, vestido de blanco, en una nube, con una lira y dos alas. Dijérase que los pintores son incapaces de expresar la emoción musical por el dibujo de las

caras. Pero obsérvese que sí podían en el siglo XVIII. No expresaban, es cierto, sino la música ligera, pero ¡qué bien modulaban las bocas de sus cantantes emperejiladas!

Sin embargo, el carácter trágicamente pasional de nuestros crispados rostros modernos sería un asunto espléndido y profundo. De mí diré que, desde que frecuento los conciertos, me interesa casi tanto el estudio de los oyentes como el de la orquesta. Se han hecho buenos dibujos de instrumentistas, pero ¡qué interesantes y hermosos son también los que escuchan! Refiérome al público de las localidades baratas, y sobre todo al relegado en los pasillos y en las graderías, donde se le deja improvisar verdaderos campamentos, y que goza de mayor libertad que el público de butacas, inmovilizado en sus asientos, atento a no mostrar incorrectamente su emoción, dominado por las preocupaciones de la actitud mundana.

¿Os acordáis de aquel «promenoir» del antiguo Circo de Verano, cuyas vidrieras de color rojo y morado, por las que se filtraba el sol pálido de invierno, arrojaban sobre la multitud una luz tan rara, de un impresionismo loco? Recordad también el anfiteatro del Châtelet, aquel hacinamiento negro como una aguafuerte fantástica de Meryon, de Chiffart o de Bresdin, con las tres o cuatro manchas lívidas de los quinqués. Allí vive verdaderamente un pueblo extraordi-

nario, allí se encuentra la única ocasión de ver seres raros, expresivos, rebeldes a la uniformidad desconsoladora de la calle. Sombreros blandos, magullados, abrigos raídos, chalinas negras, cabbelleras hirsutas, aires románticos, realzados por el claroscuro. Hay allí una masa humana, sumida en la oscuridad, escalonada sobre el agujero profundo y luminoso por donde asciende la locura de las notas, como aspirando los vapores de un volcán o los aromas del bracero de las pitonisas. El calor, la pesadez y humedad del aire, la incomodidad del lugar, todo contribuye a sobreexcitar los nervios de esa muchedumbre alucinada, que se entrega medio desfallecida al sortilegio de la música que la violenta. Los entreactos no sirven para el descanso, sino para el combate: entrecrúzanse las opiniones, la pasión hincha las narices y enciende las pupilas, estallan ocurrencias, se elevan las voces; manifiéstase en todos la hiperestesia nerviosa, como si una mano invisible hubiese abierto una llave de oxígeno puro. La gente, al callar la orquesta, se desahoga frenéticamente de su silencio. El alcohol sonoro que bebió la enajena, el sollozo reprimido exhálase en gritos, risas, injurias, delirio de combate.

Mas quien pintara entonces esos rostros podría desorientar al espectador y hacerle creer que el cuadro representaba la multitud ante un melodrama. Deben pintarse esos seres humanos

entregados a la audición taciturna, bajo el encanto orquestal; y entonces sí que habrá que expresar algo sin semejante. ¡Qué serie de motivos admirables, dignos del pincel de un genio, esas cabezas melenudas de músicos pobres, que inclinadas siguen el ritmo, con ojos que no ven; esas manos largas y pálidas sobre las partituras mugrientas; esos dedos que trazan al margen acotaciones febriles; esos cuerpos agachados, enroscados sobre sí mismos, como para no perder un átomo de sonido y apresarlos por todos los poros; esos bruscos sobresaltos, y luégo el pausado recaer de todo el cuerpo; esa sonrisa de éxtasis, y esas pupilas que se cierran mientras que un escalofrío corre por la espalda; ese jadear contenido, al prolongarse un *pianissimo*; en fin, toda esa devoción pasiva, que somete a cada uno de esos seres al poder del director de orquesta, tanto como a sus propios instrumentistas! ¡Y las mujeres que allá se ven, mucho más interesantes que las de las localidades de lujo! Ataviadas de cualquier modo, con vestidos humildes y guantes zurcidos, húmedo todavía el sombrero a causa de la espera, bajo una lluvia glacial, a la puerta del teatro; greñudas, bonitas y anémicas; mojada la capa y enlodados los zapatos, vedlas ahí crispadas, ardientes o soñolientas, según que la música exacerba su neurosis o adormece su linfatismo. Están sentadas, sin cumplidos, en el suelo, adosadas a la pared. Los hombres no las miran:

aquí el hombre es casto y egoísta. Y ellas se entregan a sus ensueños, junto a esos seres abortos; se emborrachan al lado de esos fumadores de opio. Poco a poco la vibración orquestal penetra en ellas, removiendo el amor en sus pobres organismos; y a veces úno casi se asusta al verlas, hasta tal punto parecen entregarse por completo, hasta tal punto el abandono distiende sus miembros, mientras que una vaga sonrisa ilumina sus rostros ojerosos; pero al cabo se advierte que no ven. Se entregan a un amante inexpresable, que nunca encontrarán.

La electricidad nerviosa envuelve a esa gente. Un hilo invisible la uné a la batuta del director, quien hace mover a su antojo todos aquellos títeres, como hace mover con una mirada, con un gesto imperceptible de los dedos, las masas orquestales, que se desencadenan y apaciguan al instante. ¡Y qué bella es esa potencia matemática, esa obediencia absoluta al ritmo supremo, del que a su vez ese hombre no es más que el esclavo! Porque él sólo obra según le ordenan los signos negros de la partitura, tal como lo quiso otro hombre que muchas veces no es sino un puñado de cenizas, guardado en un rincón de tierra desconocido. Jamás déspota alguno fue obedecido con tal fervor, con tan absoluto renunciamiento de la multitud, y este es el secreto más asombroso de la música y lo que hace de ella algo más que un arte: una fuerza de la

naturaleza, la intervención de la divinidad. El sentimiento de la divinidad está en su verdadero lugar en esa última e inatacable catedral que se llama una orquesta. Y el contacto entre el director y el último oyente es prodigioso. Aquel hombre obra directamente sobre los nervios de otras dos mil criaturas con la misma seguridad que un hilo voltaico hace agitar un músculo.

Aquí la comunicación es cien veces más rápida que por medio de la palabra. Por mucha movilidad que presentè la fisonomía de un hombre que escucha una frase, jamás expresaría con tal rapidez la cólera, la risa, o la simpatía. Es algo instantáneo: la conformidad o la desaprobación provocan expresiones con prontitud que amedrenta. Si el melómano juzga que un pasaje debe ser más lento, para su goce, de como lo lleva la orquesta, sobresáltase súbito, y todo su cuerpo rectifica el compás; se extiende como para retardar la orquesta; pierde la noción del tiempo, del lugar, de las conveniencias, del qué dirán. En la vida ordinaria talvez sea tímido y esté lleno de prejuicios; mas aquí, si fuera preciso gritar o hacer un gesto inconveniente para que la orquesta se pusiera al compás que él concibe, téngase por seguro que no vacilaría.

Véase pintado en el rostro del melómano el deseo de exterminar si alguien estornuda o tose, o si cae un paraguas. Y aunque la culpable fuese la mujer más hermosa de la tierra,

la cólera de aquel hombre, que acaso la hubiera seguido entusiasmado por la calle, fulmina sobre ella el deseo de suprimirla al instante y a cualquier precio. Y no me parece risible. Es el mismo impulso que hace empuñar el cuchillo a la Aïssaona si alguien entreabre la puerta del templo mientras se celebra un rito que sólo los iniciados pueden presenciar. El melómano, en aquel momento, no se pertenece: es un endemoniado. Obsérvese el furor loco con que profiere el «¡chst!» cuando algún majadero se permite aplaudir un segundo antes, pidiendo la repetición de un tema. Aquí las pasiones están exageradas hasta el vértigo, y cualquiera es un superhombre, devuelto a la libertad de los instintos primitivos. En cambio, si el ritmo satisface plenamente al melómano, ved qué sonrisa de éxtasis agradecido; rostros feos, ingratos, de míseros profesores a domicilio, mal alimentados, tísicos o anémicos, se embellecen como ciertos rostros de los primitivos flamencos. Los miedosos se vuelven heroicos, los ladrones darían cuanto tienen, los más pobres olvidan su miseria, su chaqueta raída, el pan y el queso que tendrán por toda cena aquella noche de invierno, junto a la mal encendida estufa, para compensar su calaverada del domingo, su sesión fastuosa de opio, su festín de intenso ensueño, de olvido entusiasta.

Para esa gente, los conciertos constituyen un

goce inaudito, una necesidad vital; lo llevan en la sangre, y para siempre. No cabe soñar siquiera en la supresión de los conciertos dominicales; sería una catástrofe en la vida moderna. ¡Cuánto más me interesan esos aficionados que los *diletanti* ricos y elegantes de palcos y butacas! Cierto que estos últimos no son insensibles, pero la necesidad que sienten de teorizar, les veda ese vértigo bienhechor y trágico. La música es para ellos motivo de lucimiento en la exposición de su ciencia; un deporte, una costumbre, la familiaridad con lo raro, una degustación intelectual. Mas para los otros, los pobres, la música es un consuelo, no tienen sino ella en su triste vida de privaciones, en la existencia feroz de las grandes ciudades; es el ajenjo de los que no quieren beber para olvidar, es la vibración intensa. Hé aquí lo que debiera expresar un pintor ilustre: ese mundo de pasiones que levanta una varilla mágica, esa eterización heroica y fugitiva, ese entusiasmo del séptimo día. Hubo sublimes pintores de místicos; ¿cuándo llegará el pintor sublime de los melómanos?

Y, luégo, todo acaba en un momento. Calla la orquesta: los espectadores cogen sus abrigos, encienden un cigarrillo, salen a la calle en pleno crepúsculo lívido, fangoso, glacial y salobre, y al punto vuelven a ser un don nadie. Salen con aire abatido, la cabeza gacha, perdida todavía la mirada, torpes los gestos, con laxitud de bes-

tias que vuelven al trabajo. ¡Qué tristes son esas salidas de concierto, ese acabamiento de los sueños, como una salida de restaurante a la madrugada...! Mas algunos están febriles, y salen gesticulando, brillante la mirada: el filtro obra todavía; son jóvenes, bulle en ellos todo un mundo de ideas. Tal me sucedía, cuando estudiante, con mis amigos: discutíamos en voz tan alta que los que no salían del concierto y consideraban la vida como de ordinario, se volvían para mirarnos. ¡Cómo me latía el corazón al acercarme a la ventanilla del coche, y qué deseos tenía de decirle algo al hombre prodigio la primera vez que ví a Isaye desaparecer dentro de su vehículo, con su gorro de pieles, su abrigo de astracán, su gran cabellera y su rostro afeitado, de sonrisa franca! Nada en las otras artes me ha dado hasta tal punto la facultad de salirme de mí mismo... ¡Santo vértigo de la música, qué dulce evasión me proporcionas! ¡Unidad de ritmo, fin de todas las cosas, tú eres lo que buscamos!

¡Y tú, música de cámara! La suavidad de las lámparas en su cuna de bordados arranca pálidos destellos de los cuadros de la sala, en la tibieza del ambiente... Fué, la noche, el silencio. Estamos reunidos algunos amigos fervorosamente callados. Junto al piano álzase la figura esbelta de la mujer que canta, rozando con la mano los hombros del pianista: su rostro pá-

lido, emocionado, aparece sobre las bujías; sus cabellos, excepto una aureola dorada, se confunden con la tapicería del fondo. Y su canto, más que de sus labios, sale de nosotros mismos. Otras veces es un cuarteto de cuerda: unos hombres graves y pensativos, de voluntad cuádruple, que después de algunos signos y unas palabras a media voz hacen revivir a Beethoven, grande y misericordioso. Entonces no se vive en una atmósfera, sino dentro de una sonoridad que se bebe con la vida. ¡Y, al terminar, aquel silencio lleno de emoción y dicha, aquel anonadamiento, aquella gratitud del alma después del abrazo! No se encuentran palabras para expresar lo que se siente, y se tiene la alegría de sentir que no hacen falta palabras...

Todo esto nos consume. Así nos lo dicen: «Es un goce, pero hace daño». ¡Pero no: esto es lo que compensa los desgastes inútiles! El vértigo de la música es el equilibrio ideal. En la vida llamada ordinaria es donde tropezamos y nos remedamos torpemente a nosotros mismos, y hacemos equilibrios, sin balancín, sobre el abismo sin fondo de una existencia de la que nada sabemos.

(De *La Religión de la Música*, de Camille Maclair. Versión española de la 9.^a edición francesa, por José M.^a Borrás).

De *La Rochefoucauld*

Siglo XVII

(Trad. e. j. r.)

La conversación con las personas de bién es uno de los placeres que más me afectan: me gusta que sea seria y que su mayor parte la forme la moral. Sin embargo me agrada también cuando es jocosa; y si no digo muchas pequeñas cosas para reír, no es porque no conozca yo lo que valen las bagatelas bien dichas o porque no encuentre que sea muy divertida esta manera de bromear.

Cuando su espíritu está bien formado, prefiero la conversación de las mujeres a la de los hombres: hay en ellas cierta dulzura que no tenemos nosotros, y me parece además que se explican con mayor claridad y que dan un tono más agradable a las cosas que dicen.

En cuanto a galante, lo he sido un poco en otro tiempo; ahora, con todo y estar todavía en la juventud, ya no lo soy. He renunciado a los requiebros y me causa extrañeza que haya tantas personas dedicadas a las lisonjas.

*

Quiero a mis amigos y los quiero tanto que no titubearía en sacrificar mis intereses a los suyos. Soy condescendiente con ellos, soporto su mal humor y excuso con facilidad todas sus cosas. Pero no les hago muchas caricias y no siento tampoco grandes inquietudes cuando están ausentes.

*

Todos se quejan de falta de memoria y nadie de falta de buen juicio.

*

Me gusta la lectura en general. Aquella en que hay alguna cosa que pueda pulir el espíritu y fortificar el alma, es la que más me gusta. Sobre todo, es una grandísima satisfacción para mí, el leer con una persona de talento, porque entonces reflexiona úno paso a paso, y de estas reflexiones surge la más agradable y útil de las conversaciones.

*

Apruebo extremadamente las bellas pasiones. Marcan ellas la grandeza del alma, y aunque haya, en las inquietudes que dan, algo contrario a la severa sabiduría, se acomodan dichas pasiones tan bien con la más austera virtud, que no podrían ser condenadas con justicia. Yo que conozco todo lo que hay de fuerte y delicado en los grandes sentimientos del amor, si llegara a enamorarme sería ciertamente con bella pasión; pero, dada mi manera de ser, creo que el conocimiento de que hablo no pasará jamás del espíritu al corazón.

*

La filosofía triunfa con facilidad de los males pasados y de los por venir; pero los males presentes triunfan de la filosofía.

*

El interés habla todas las lenguas y sabe representar todos los papeles, inclusive el papel de desinteresado.

*

La verdad no hace en el mundo tanto bien como hacen mal sus apariencias.

*

Los hombres y las cosas tienen su punto de perspectiva. Hay unos que deben verse de cerca para apreciarlos bien, y hay otros que sólo de lejos pueden ser juzgados.

¿Conque viejo e inútil?

Entre los 70 y los 83 años de edad el Comodoro Vanderbilt aumentó su fortuna en unos 100 millones de dólares. Kant a los 73 años escribió su *Metafísica de la Ética* y a los 74 su *Antropología*. Tintoretto a los 74 terminó de pintar su gran cuadro «El Paraíso» que mide 22.75 por 9.14 metros. Verdi a los 73 producía su obra maestra, *Otelo*; a los 79 *Falstaff* y a los 85 su famosa *Ave María*.

Cato a los 80 empezó a estudiar griego; Goethe a los 80 años terminó su *Fausto*. A la temprana edad de 80 años Tennyson escribió *Crossing the Bar*. Mas fue Ticiano quien les ganó a todos estos muchachos pintando el cuadro histórico «La Batalla de Lepanto» cuando apenas tenía 98 años de edad.

*

Esto dice *The Commentator* de New York (abril 1939). La lista habría podido ser mucho más larga. Vamos a agregar nosotros un nombre que no es muy conocido: el del filósofo belga Colins, quien a la edad de 60 años resolvió rehacer toda su cultura universitaria, para escribir luego su obra monumental, que por sí sola llena una estantería.